

NOTA A LA OPINIÓN PÚBLICA Y AL CONSEJO DIRECTIVO DE INTA

INTA en la encrucijada: poner el desarrollo delante del ajuste y cambiar la agenda

El INTA atraviesa una etapa de profundas tensiones. Mientras las autoridades del Consejo Directivo impulsan una agenda centrada en la reducción de personal, la venta de tierras y edificios, y una reestructuración sin debate público, desde distintos sectores se alzan voces en defensa del organismo. Trabajadores, gremios, organizaciones de productores, gobiernos locales y provinciales, ONG, el Congreso, la justicia y medios de comunicación destacan el prestigio y la trayectoria construida a lo largo de décadas.

En una carta previa dirigida al Consejo Directivo —firmada por dirigentes de Mesa Agroalimentaria, exdirigentes de nivel nacional y profesionales de investigación y extensión— se describió un contexto nacional e internacional cada vez más complejo. Este escenario está atravesado por nuevas exigencias de los mercados, acuerdos internacionales, la incorporación de tecnologías digitales en los procesos productivos, los efectos del cambio climático y crisis logísticas globales. A ello se suma, más recientemente, el impacto de conflictos geopolíticos, como la guerra en Medio Oriente, con su consecuente aumento en el costo del petróleo y sus efectos sobre la economía mundial y en lo particular, los insumos de la agricultura.

En este marco, la cuestión central no es solo el diagnóstico, sino la definición e implementación de una estrategia adecuada frente a estos cambios. El desafío consiste en avanzar hacia una transformación progresiva de la matriz productiva del país: dejar de ser predominantemente exportadores de granos para convertirnos en productores de bienes con alto valor agregado, aprovechando nuestra riqueza biológica, conocimiento, capacidades y patrimonios públicos. Este proceso debe apoyarse en dos pilares fundamentales: la bioindustrialización y el enfoque territorial. Integrados, ambos pueden impulsar un desarrollo más dinámico, inclusivo y equilibrado entre las distintas regiones.

El INTA, como organismo rector de la investigación y la extensión agropecuaria, cuenta con el potencial humano, científico y técnico, también el patrimonio tangible, a lo largo y ancho del país. y las redes existentes con las instituciones y organizaciones locales, todo ello necesario para ser protagonista de esta transformación. Su rol es clave para generar innovación y competitividad en los territorios y en las cadenas productivas. Sin embargo, para cumplir con este objetivo, debe también abordar sus propias tensiones internas.

Una reciente encuesta impulsada por trabajadores del organismo —basada en evidencia concreta y no en percepciones aisladas— aporta elementos significativos. Por un lado, revela un fuerte orgullo de pertenencia, sostenido en tres

pilares: el prestigio científico-tecnológico, el vínculo con productores y comunidades, y el aporte al desarrollo del sector agrobioindustrial. Asimismo, existe una clara conciencia del rol estratégico del INTA para el país.

Por otro lado, el deterioro de las condiciones laborales, emergen señales de alerta: una amplia mayoría del personal manifiesta estar emocionalmente afectado, y uno de cada cuatro trabajadores ha requerido atención en salud mental. A esto se suman preocupaciones vinculadas al nivel salarial, la estabilidad laboral y la insuficiencia de recursos para sostener, en tiempo y forma, las tareas de investigación y extensión.

La transformación de una institución exige revisar su misión, su estrategia y sus prioridades a la luz de los cambios de contexto y de su campo de intervención, en el marco de un proyecto de desarrollo nacional. Las restricciones económicas pueden condicionar el alcance de estos objetivos, pero no deberían convertirse en el eje ordenador de la política institucional.

En ese sentido, no resulta razonable instalar un clima de incertidumbre sobre el presente y el futuro del organismo, afectando la fibra emocional de su personal a partir de la inestabilidad laboral y la duda permanente sobre la disponibilidad de recursos. Este escenario termina induciendo a muchos trabajadores a considerar el retiro voluntario, con la consecuente pérdida de un capital humano estratégico para el país construido a lo largo de décadas.

Con un norte claro y un diagnóstico consistente, surge entonces la pregunta: ¿qué tipo de conducción se necesita para afrontar estos desafíos? La respuesta no puede ser unilateral. Serán las organizaciones de productores que integran el Consejo Directivo —y también aquellas que están fuera de él—, junto con otros usuarios del INTA, los gobiernos locales y provinciales, el sistema científico-tecnológico y los gremios, quienes deberán aportar sus miradas para construir un INTA a la altura de su historia y de los desafíos del futuro.

Históricamente, el Consejo Directivo ha tenido la responsabilidad de definir la orientación política del organismo, mientras que la Dirección Nacional ha sido la encargada de instrumentar y ejecutar esa estrategia. Hoy, ese equilibrio requiere ser fortalecido.

El Consejo Directivo enfrenta una responsabilidad histórica: redefinir su agenda convocando a otros actores del sector agroalimentario. No se trata solo de administrar restricciones, sino de liderar una estrategia de desarrollo. ¿No es momento de poner el desarrollo delante del ajuste y sacar al INTA de su propio laberinto?

Firman: Dirigentes de la Mesa AgroAlimentaria, ex funcionarios y ex directivos de INTA, investigadores y extensionistas